

Álvaro Mutis

«La poesía es la única prueba completa de la existencia del hombre»

Ana Solanes

Se define a sí mismo como devoto de la monarquía y suele asegurar que no se ve como un hombre de esta época, sino que preferiría haber vivido en Bizancio o en los tiempos del Siglo de Oro español, y que en este último caso le hubiera gustado tomar partido por Lope de Vega y Góngora en sus disputas con Cervantes, participar en la intriga que llevó a Fray Luis de León a la cárcel y patrocinar el montaje de los *Autos Sacramentales* de Calderón de la Barca en los escenarios de la Corte.

Pero si ése es su autorretrato imaginario, otros grandes autores latinoamericanos han ayudado a dibujar su silueta de escritor y a calibrar la magnitud de su obra. Octavio Paz lo describió como «un poeta de la estirpe más rara en español, rico sin ostentación y sin despilfarro», que compagina «la necesidad de decirlo todo y la conciencia de que nada se dice», capaz de combinar «amor por la palabra, desesperación ante la palabra y odio a la palabra, que son los extremos del poeta.» Mario Benedetti ha escrito que «Mutis inventa a Maqroll el Gaviero como García Márquez a Macondo, Onetti a Santa María y Rulfo a Comala.» Son palabras mayores dichas por los más grandes, pero en realidad la categoría literaria de Álvaro Mutis fue reconocida desde el principio, y prueba de ello es que su primer libro de poemas, *Los elementos del desastre*, apareció en 1953 en la colección «Poetas de España y América» de la editorial Losada que dirigían ni más ni menos que Rafael Alberti y Guillermo de Torre. Su compatriota y amigo desde hace más de cincuenta años Gabriel García Márquez redondea el círculo de

las alabanzas afirmando que «basta leer una sola página de cualquiera de los libros de Mutis para entenderlo todo, porque la obra completa de Álvaro, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido: es decir, que Maqroll no es sólo él, que como con tanta facilidad se dice, sino que Maqroll somos todos, y por eso no puede morir.»

Que los viajes, con sus sucesivos mundos conquistados y perdidos, y la comparación entre las realidades de Latinoamérica y Europa sean dos de los temas recurrentes de sus obras, no es extraño en un hombre que, como hijo de diplomático, a los dos años de nacer en Bogotá, en agosto de 1923, cruzara sus primeras fronteras para instalarse en Bruselas, donde permaneció hasta los nueve años cuando, tras la repentina muerte de su padre, regresa a la hacienda Coello, en Colombia. Ese paisaje recuperado es el que, según suele decir, lleva toda la vida intentado reflejar en sus libros. Porque aunque Mutis ha sido periodista radiofónico y televisivo, jefe del departamento publicitario de la Compañía Colombiana de Seguros y director de relaciones públicas de una empresa de aviación o vendedor de anuncios para la televisión en México, su verdadero trabajo ha sido y es el de escritor: por él ha recibido los premios más prestigiosos, entre ellos el Príncipe de Asturias, el Cervantes y el Reina Sofía de poesía. Mejor para sus muchos lectores y también para él, puesto que, según la leyenda, en sus otros oficios pasó más de un apuro. No hay más que leer, de nuevo, lo que dice sobre este asunto Gabriel García Márquez, que por cierto siempre que puede recuerda que fue Mutis quien le regaló su primer ejemplar de *Pedro Páramo*, la obra maestra de Juan Rulfo, con la frase «ahí tiene, para que aprenda», y también el amigo que cada noche, durante 18 meses, fue a su casa a que le leyera los capítulos de *Cien años de soledad* que iba terminando, con lo que no sólo se convirtió en su primer oyente, sino también en una especie de autor adjunto involuntario: «Él los escuchaba con tanto entusiasmo –dice García Márquez– que seguía repitiéndolos por todas partes, corregidos y aumentados por él. Sus amigos me los contaban después tal como Álvaro se los contaba, y muchas veces me apropié de sus aportes. Terminado el primer borrador se lo mandé a su casa. Al día siguiente me llamó indig-

nado: «Usted me ha hecho quedar como un perro con mis amigos», me gritó. «Esta vaina no tiene nada que ver con lo que me había contado». Desde entonces ha sido el primer lector de mis originales. Sus juicios son tan crudos, pero también tan razonados, que por lo menos tres cuentos míos murieron en el cajón de la basura porque él tenía razón contra ellos. Yo mismo no podría decir qué tanto hay de él en casi todos mis libros, pero hay mucho».

Pero nos vamos a permitir abusar un poco más de las palabras de Gabriel García Márquez, para volver al asunto de la azarosa vida profesional de Álvaro Mutis: «Álvaro —escribe el premio Nobel colombiano— había sufrido ya los muchos riesgos de sus oficios raros e innumerables. A los 18 años, siendo locutor de la Radio Nacional, un marido celoso lo esperó armado en la esquina, porque creía haber detectado mensajes cifrados a su esposa en las presentaciones que él improvisaba en sus programas. Más tarde, ya como especialista de relaciones públicas, se equivocó de película en una reunión de beneficencia, y en vez de un documental de niños huérfanos les proyectó a las buenas señoras de la sociedad una comedia pornográfica de monjas y soldados, enmascarada bajo un título inocente: *El cultivo del naranjo*. Fue también jefe de relaciones públicas de una empresa aérea que se acabó cuando se le cayó el último avión. El tiempo de Álvaro se le iba en identificar los cadáveres, para darles la noticia a las familias de las víctimas antes que a los periódicos. Los parientes desprevenidos abrían la puerta creyendo que era la felicidad, y con sólo reconocer la cara caían fulminados con un grito de dolor. En otro empleo más grato había tenido que sacar de un hotel de Barranquilla el cadáver del hombre más rico del mundo. Lo bajó en posición vertical por el ascensor de servicio en un ataúd comprado de emergencia en la funeraria de la esquina. Al camarero que le preguntó quién iba dentro, le dijo que el señor obispo. En un restaurante de México, donde hablaba a gritos, un vecino de mesa trató de agredirlo, creyendo que en realidad era Walter Winchell, el personaje de *Los Intocables* que Álvaro doblaba para la televisión. Durante sus 23 años de vendedor de películas enlatadas para América Latina, le dio 17 veces la vuelta al mundo sin cambiar el modo de ser.»

Tan rica en anécdotas es su vida personal, como en libros su carrera literaria. Álvaro Mutis ha publicado volúmenes de poemas como el ya mencionado *Los elementos del desastre*, *Reseñas de los hospitales de Ultramar*, *Los trabajos perdidos*, la reunión de todos sus volúmenes de poesía que, bajo el nombre de *Summa de Maqroll el Gaviero* conoce ya numerosas ediciones, o el tomo de versos y relatos *Caravansary*, al que siguieron *Los emisarios*, *Crónica regia y alabanza del reino* o *Un homenaje y siete nocturnos*. Su narrativa la forman títulos como *Diario de Lecumberri*, *La mansión de Araucaíma*, *La Nieve del Almirante*, *Ilona llega con la lluvia*, *Un bel morir*, *La última escala del Tramp Steamer*, *La muerte del estratega*, *Amirbar*, *Abdul Bashur, soñador de navíos*, *Tríptico de mar y tierra* o *La verdadera historia del flautista de Hamelin*.

A sus ochenta y cuatro años, acompañado de su esposa y de un nieto al que tiene la ilusión de enseñar París cuando termine el mes que pasará en España entre lecturas, encuentros con amigos y Festivales de Literatura, conserva intacto Mutis su sentido del humor. Y así, entre bromas, asegura sentirse encantado de escapar por un rato de la tranquilidad de la que disfruta en la histórica Residencia de Estudiantes, donde se aloja estos días, para acercarse a la Casa de América a charlar con *Cuadernos Hispanoamericanos* de su obra, de su vida, y, por supuesto, de Maqroll, que sigue dictándole cosas al oído.

– *El saludo a Álvaro Mutis siempre debe ser doble ¿cómo se siente aquí en España y cómo está Maqroll?*

– Siempre que vengo a España me siento en mi tierra. Soy un entusiasta de este país, me dice siempre muchas cosas y me ayuda a seguir viviendo. Y Maqroll ahí va, como siempre caprichoso y medio perdido, pero ahí lo estoy rescatando para que me cuente

**«Soy un entusiasta de España,
me dice siempre muchas cosas
y me ayuda a vivir»**